

LAS BRAVIAS ABEJAS

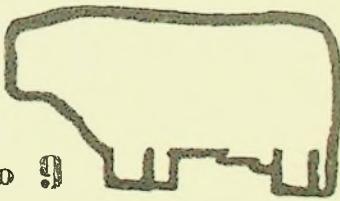
GASPAR MOISES GOMEZ

de Alba

.2-1

1

el toro de granito ♀





Institución Gran Duque de Alba

COD 821.134.2 - 1



AP-28



Institución Gran Duque de Austria



Institución Gran Duque de Alba

LAS BRAVIAS ABEJAS

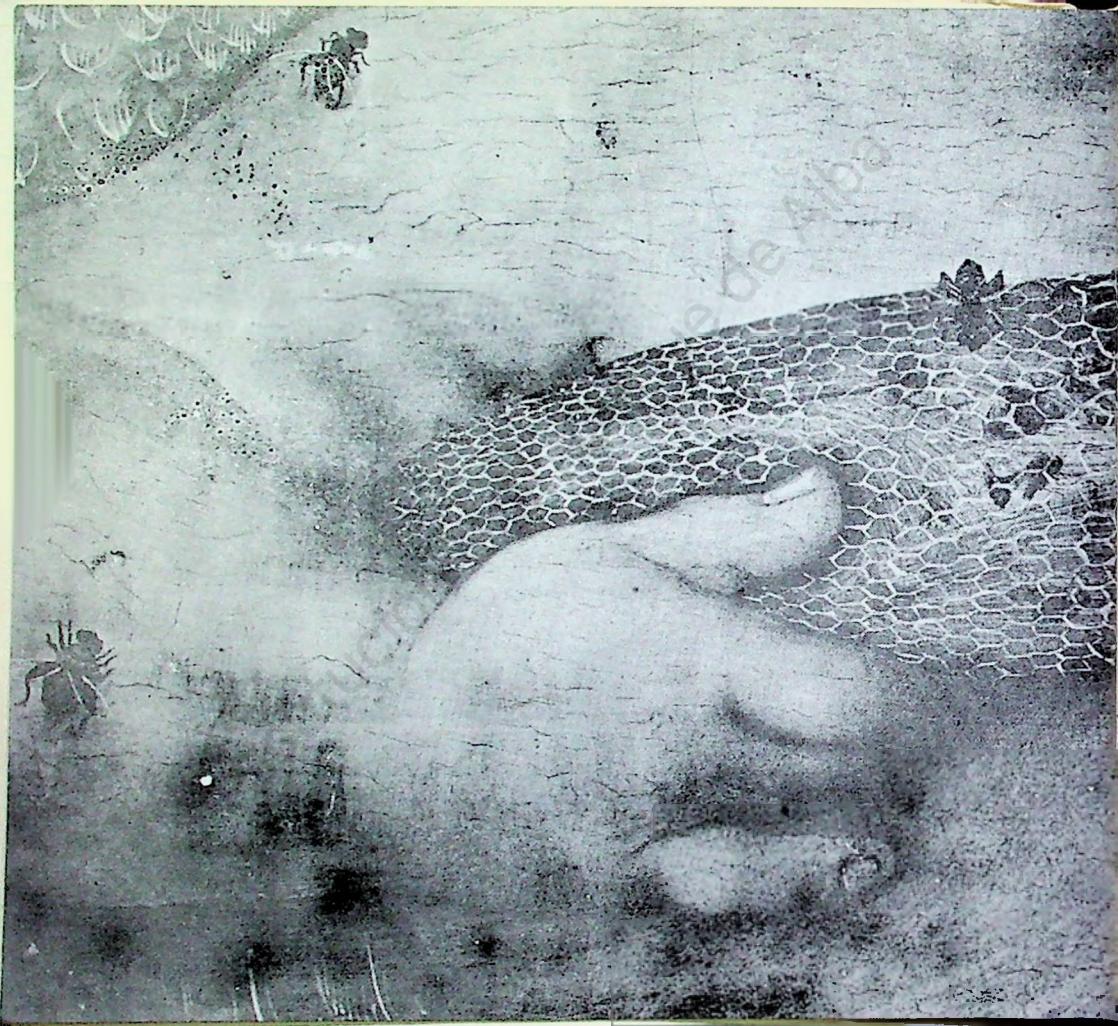
GASPAR MOISES GOMEZ



© Gaspar Moisés Gómez
Colección «El Toro de Granito», n.º 9
Edita «Institución Gran Duque de Alba»
Diputación Provincial, Avila
Imprenta de «EL DIARIO DE AVILA»
Plaza de Santa Teresa, 12. Avila
Abril, 1969
Depósito Legal: AV-29-1969



Institución Gran Duque de Alba





LAS BRAVIAS ABEJAS



2 AL 273
Institución Gran Duque de Alba

I N D I C E

	Pág.
Las bravías abejas	11
Esto no es pan bendito	13
Amor silbando	15
Solos	17
Puedo vibrar	19
Tu alma rubia	21
Te besaré	23
¿Qué seré si me olvidas?	25
¿Cuándo, amor	27
Como este pino	29
Te recuerdo	31
Sangre valiente	33
Ahora, con dolor	35
Tienen sabio color	37
Este sagrado amor	39

	Pág.
El trigo	41
Arde un cielo de barro	43
Ascético	45
No gastemos el aire	47
Que Avila te guarde	49
Dio la luz en el trigo	51
Con la humildad serena	53
Tengo mi habitación	55
Se ha parado el tiempo	57
Tras de lo azul	59
Me pongo el traje del amor	61





Institución Gran Duque de Alba

A Emilia.



Institución Gran Duque de Alba

las bravias abejas

Nacerte, como un áspero dios, pido
contra mí mismo —ser de barro eterno—;
pues no basta la nieve en el invierno
ni el amor en abril. Con mi sentido

déjame que te ordene. Está dormido
tu sustancial espanto milagrero
donde podré quemar mis manos, fiero;
donde no bastará ni estar perdido.

Te veré frente a mí, ciega en mis ojos,
posesionada con mis alegrías;
puro quebranto para mis antojos.

Obra mía; no importa que muriente,
relativa y humana; de bravías
abejas animándote la frente.



esto no es pan bendito

Esto no es pan bendito ni poema.
Es un hombre gastado por emoción honrada,
que dirige los bueyes eternos de la muerte
por el campo asombrado. Ara que ara
llega la noche siempre, aunque luego
no es la última. Llegan las palabras
como pequeños dioses doloridos,
como pequeños genios con espada
que quieren alumbrar amor
donde decimos tierra final... Hacia las casas
de barro triste vuestro (más vuestras) me dirijo
con mi pausa mortal, para incendiarlas
y hacer de nuevo un mundo
con la comprometida materia de la llaga.

Arando iré por mis poemas. Soy
labrador de vivas jornadas
irrenunciables. Con el sol enfrente
quiero hacer un camino de esperanza,
labrar la tierra oscura de los años
donde un eterno agonizante clama.
No quiero descansar. No puedo,
amor, Dios mío, descansar. ¿Descansas
tú, hombre, ser de cielo empedernido,
músico fatalista? ¿Quién descansa
si de los pies nace la muerte?

Vamos,
amor, hombre, Dios mío —la palabra
puesta en la mano—, ciegos, escurriéndonos
por un friso inocente de desgracias.
Sería triste descansar. Escucha,
en pie de guerra y luz, como una espada
que llamase a lo lejos: “Aquí estoy
yo, vuestra muerte, junto al mar que canta.”

amor silbando

Amor silbando, puro ruiseñor, alma mía
del bosque, ¿para qué me recomiendas
el vértice más quieto de tu canto
si ni siquiera sé dónde me suenas?

He llegado a la tarde por escuchar la sílaba
que se va despidiendo. Adiós, ave sincera;
cuerpo que vibra en la pasión del mundo,
secretamente lejos, alto y cerca.

No sé por qué caminos averiguar el cielo.
La vida pasa y rueda que tú inspiras
sin ocuparse de nosotros, pájaro
mío, inquietante y peligrosa belleza.

Mejor hubiera sido callar. Enamorarse
del silencio que tienen las aldeas;
comer el pan de los ancianos —tímido
de Dios—, y consumarse de tristeza.

Mejor hubiera sido no pensar que a la tarde
tú la desfiendes, bárbaro ruiseñor que peleas
desde un extraño corazón por nido.
Mas había que morir en la noche tremenda.

Ya no nos sirve, no, nuestra lengua vivísima,
clara de amor en la saliva incierta.
Nos quedamos aparte, destruyéndonos,
al tiempo que se alza un reino sin estrellas.

solos

Solos. El tiempo que nos vive canta
madurándonos; entra en hermosura...
No alienta el mar. De golpe, la bravura
del cielo nos apura y nos levanta.

Hemos tenido a Dios muy confundido
—metálico de gloria—. Mas hoy, muda,
su distancia de amor habla desnuda
creándonos un tiempo sin olvido.

Pronunciaremos el milagro. Audible
será la fuerza que nos una: tanto
que hasta la rosa quede sin verdades.

Y el mundo, amor. El mundo es imposible
de temporal; viviéndose por cuanto
hay en nosotros de divinidades.

puedo vibrar

Puedo vibrar. Oyeme. Reino
que nadie supo. ¿Cómo así guardaba
la locura del ángel en mi boca
para decir "amor" sin quebrar nada?

Fulgente y desvariado; con el brillo
que ciega me perdí. Palabras
dije sin son y sin necesidad
que nunca moverían las montañas.

Reino de amor, unánime de cánticos,
abierto a las sutiles algazaras,
deja reconocer tu emblema de oro...
Quema el desnudo. Soy como una vara

de nardo que se aplica de silencio.
No. No pidas tan sólo una palabra.
Oyeme. Vibro por amor. Prohibido
soy, pero tú comiste mi manzana.

tu alma rubia

Tu alma rubia, amor, como el estío
de Castilla. Tu alma, lo que nombro
golpeando saliva contra el cielo,
pájaros, labios musicales, oros
vivientes. Pero más. Necesitamos
mucho más. Una puerta a los asombros
eucarísticos. Algo que nos diga
que se cumplen los cielos en redondo;
que la palabra es vicio de un arcángel
sin ley.

No sabes, amor, todo
lo que tuve que andar por la inocencia
para decir "te amo". Ni los ojos
que tendré que pegar contra la luz,
contra Castilla —espíritu entre lobos—
para que mi sentido alcance a ver
tu interior de colmena sin estorbo.

Hoy te digo, alma rubia, fiero estío,
y el mundo pónese tan asombroso,
tan herido de labios, que se calla
por las alondras y por mí, en el fondo.

te besaré

Te besaré la fruta consagrada
bajo los labios. Fruta del abismo
híspida de serpiente y cristianismo,
con un cierto sabor de enamorada.

Te besaré, alma adentro, muerte a cada
tiempo de luz; hasta que ni yo mismo
me pueda ejercitar en heroísmo
de tanta gloria pura y deslumbrada.

Te besaré y el mundo será quieta
maravilla. Oh tu centro de ternura
donde estás por el beso a mi sujetas.

Conmigo morirás —arrastre fiero
de alas y pecados—; con mi oscura
condición de anhelarte cero a cero.



¿qué seré si me olvidas?

¿Qué seré si me olvidas? Luces, alba
mía, ¿qué noche vas buscándome?
Necesito tu débil poder. Temo
alimentar la sinrazón del aire.

Me recuerdas y vivo. ¿Qué deseo?
Memoria tuya soy en el paisaje.
Algo pendiente de la claridad
que puede deshacerse y anularse.

Mira desde tu reino. Mi pobreza
no se redime hablando. Como un cáncer
abráseme tu vista. Y que tu lengua
nombre el cauce más vivo de mi sangre.

Para existir necesito saberme
al fondo de tus bosques y tus mares:
hombre tan musical, que mi silencio
lo reconozca un pájaro que calle.

Tu olvido me sería tan ardiente,
que si callas aquí, bajo los árboles,
por esta circunstancia, en mi poema
se alzará un gran desierto insobornable.

¿cuándo, amor...

¿Cuándo, amor, llegarás soliviantado
de música, gimiendo de tan frágil
bajo tu forma emocionada? ¿Cuándo,
pequeño amor, vaso quebrándose?

Cuando llegues al fin, ¿a quién verás
temblando? Llama, vivo, antes
de hacer tu lumbre. Pero si a mí llegas
sábete acaso mínimo y cobarde.

Huye si en aire de paloma vienes.
Yo duelo en cada punto de mi sangre.
Como abeja briosa que quema su panal,
así serás donde mi tiempo arde.

Oh forma suspirada. Tente; tente,
lobo divino de divinas hambres,
luz en espada. Sople tu hermosura
clarísima en el mar. Niégate, amante.

Si mi barro humanísimo te oprime
doleremos los dos en uno. Parte.
Quédate. ¿Pero qué digo? ¿Dónde?
¿O eres, amor, la esencia sola de suspirarte?

como este pino

Como este pino alerta junto al cielo,
verde amor, con un tímido renombre
para la muerte; deslumbrado y cósmico,
y en soledad bebiéndose los montes.

Como este pino aquí, yo me consumo
sonriendo. Me invisto con el orden
que gana en las ovejas el vellón:
espíritu palpable que conoce
su transito amoroso. Y no hay palabras
de sencillo valor para que nombren

la raíz encendida de milagros
que me sostiene. Aquí la savia pone,
crea, levanta cielos, maravilla
firmemente la luz. Y hasta los gorriones
de condición arisca son madera
que canta, ciega gloria, sin que estorbe
la pluma ni su pico accidental.
Aquí único todo, reconoce
mi amor, su audacia creadora; el vino
que ha cegado los orbes
como manifestando su alegría.
Porque yo soy el árbol divino de ser hombre
lleno del entusiasmo de vivir,
con este brazo que te reconoce,
cintura, cuerpo amado, y sólo
temiendo que haya un agua por el bosque
posiblemente más grave que el mundo:
tánto que un ruiseñor muera en su nombre.

te recuerdo

Te recuerdo. Me voy enamorado
por la selva intrigante de tus voces.
Ciégame. Habla. El canto único
es el que tú conoces.
Yo soy todo una boca desgraciada
nocturna de murciélagos y errores.
Dame oscura verdad como tú misma,
alma adivinatoria; reconóceme
Moisés hasta la muerte: la entidad
ya peligrosa incluso de mi nombre.

Mi cariño dicente, ¿no evidencias
el color de tus ojos en mi noche?
¿No me conoces al morir? ¿No sabes
que un simple respirar nos hace hombres,
hueso de nada si alguien lo pronuncia?

Dices Moisés, y el orbe
peligra bellamente enamorado
allí donde ni te oigo ni me oyes.

sangre valiente

Sangre valiente, sangre hasta mis labios
para dar testimonio de la rosa.

Me ocupas en amor, con un sonido
que me revela, como a cada hoja
el aire por el bosque. Tanteas —índice
que conoce mi esfera— y es tan honda
la vocación, que por tu adivinanza
se despluman en blanco las palomas.
Indice, me revelas. Aquí el beso,
con el signo atrevido que le nombra,

me gasta la moneda frente a cada
mujer.

Con ramas rojas
en tu noche de trópico me alzo.
Contigo, en alas, voy a la redonda
de mi cuerpo entregado y consabido:
Ciega hija que tocas
la raíz de los pies y los honores
de la cabeza; voluntad hermosa
que un día dormirá sin ton ni son
en una tumba larga y silenciosa.

ahora, con dolor

Ahora, con dolor y evidencia,
cegadoramente desnudo,
quiero hablarte de los conceptos
que tienen la muerte por fruto.
Amor, hombre, Dios... Amor,
hueso veraz, ingenio último,
ferviente fruta madurando
hacia los otoños seguros.
Poblado de ciencia y paciencia
expirará conmigo el mundo

esta noche, y no habrá ni un árbol
que dé sombra por tanto luto.
Ni siquiera queda silencio
que nombre la espiga de julio.
Ni siquiera un agua inocente
clarificada por el uso
del corazón. No basta ya
discurriendo en su propio rumbo
la belleza misma. No basta
vivir en soledad o juntos.
Porque Dios está madurándonos
con un tiempo amoroso y último;
respirándonos en la muerte...
Dios que habla como si un fruto
se desprendiese de los labios.
Lo inexplicable. Su manera
de llamarnos al fin. La divina
gravedad en estos difuntos.

tienen sabio color

Tienen sabio color de recuerdo los muebles.
Mi lámpara, con dulce luz, te nombra
sobre la mesa. Aquí estamos
los dos aún hablando las hermosas
lenguas vírgenes que no se gastan
como el pan al contacto de la boca.
Te recuerdo a la luz del accidente:
el beso aquel que casi ni se nombra
de tánta vida familiar como portaba.
Así fué de sencillo; como lo que ocasiona

que gire el universo, concertado
por invisibles fuerzas. De luz honda
se ha llenado mi casa desde entonces
como una indagación que se corona
de certísimos labios; y habla Dios
con su enésima lengua retadora,
para dejarnos complicados
en espíritu, oyéndonle sus cosas.
No fué la puerta cerrada ni los muebles...
Nada tuvo la culpa. Nadie. Y sobra.
Aquel bello accidente, aquello fue
lo más posible que nació en alcoba.

este sagrado amor

Este sagrado amor que no me deja,
que me tiene pegado contra el cielo,
es un ente divino y doloroso
logrado en luz contigua de mi pecho.

Miro y hablo del mundo. Todo ocurre
por su clarísimo suceso:
las abejas que labran el otoño,
la luna, la montaña y el invierno.

Os amo tanto, verdes, rosas, ríos...
que ni queda lugar para el encuentro.
Respiro brillos, alas, música
total; quemo tu triunfo, amor, y beso.

Beso furioso el oro. Digo
que de mirarte al fin serán más bellos
no mis ojos, sino hasta la pobreza
que puesta en pie suspira por tu centro.

el trigo

El trigo anda todo de alborada.
Llega rozando las aldeas, toca
los presentidos cielos. Es muy poca
la distancia mortal entre la nada,

mis poemas y Dios. Hablo del trigo
con una brasa en medio de la boca.
Sólo para entendernos: quema, toca
su sacramento el alma en desabrigio.

Con este frenesí ya estamos fuera
de juego. Vendaval de Dios, espera;
no me des tu evidencia de raíces.

Devorado en el hambre de la muerte
me dejarás. Pero tu luz más fuerte
he de llevarme cuando me agonices.

arde un cielo de barro

Arde un cielo de barro; pero cielo.
Alas. Viveza en forma. ¿Quién me niega?
Oigo que cantan. Cielo arriba cantan
llevándome con virtuosa fuerza.
Si Dios es tan pequeño como un átomo,
¿cómo me tira? Si yo le pudiera
divinizar, ¿qué tiene de pecado
subir, borrarlo todo con tremenda
luz, enzarzado en el amor? Subidme,
garzas que me sabéis con esa ciencia

del beso en el cristal. Arriba debe
bramar de perfección la misma piedra.
¡Qué gracia del aliento! ¿Quién lo inspira?
¿O eres, oh Dios, mi gran tumor de ausencia?
Me romperé de amor todo por dentro,
por ver si entre roturas y entre nieblas
hallo la forma de Aquel gran ausente,
o, por fin, mi pobreza verdadera.

ascético

Ascético, doliéndome con el álamo;
sobre la luz que le trabaja, en medio
de los campos de Dios, perdido, os hablo
de un mundo consumadamente bello.

Aquí la oveja, puro tiempo, muerde
la soledad; aquí los trigos negros
de la mala semilla van en llamas
a destruir la sombra de los pueblos.

Es un afán enloquecido. Todo
quema en Castilla: el hijo, Dios, el viento,
la blasfemia, el amor... Así desnudo
quema todo bajo los cielos.

Yo me quemo en la zarza de mi nombre,
total, Moisés, o luna o semillero
de amor, o pequeñísimo gusano
que reluce de hiel... Ciego, sin término,

canto, digo, deliro, y se me niega
la belleza evidente de los cuerpos
amados. Digo. Y digo que la muerte
es ese labrador en campo yermo.

no gastemos el aire

No gastemos el aire. Hablemos desde el átomo mortal, sobre los pies celestes, y en el nombre del espíritu sordo que puebla de armonía esta planicie agudizada... El cobre que arde, pavorosamente triste, junto a mi lengua, tiene memoria de unos dioses como relámpagos de cortos, que vienen a ser ceniza en pálidos montones. No podíamos estar donde reina la dicha a plena luz. Revestido de pobre, este hueso inspirado del amor

se dedicó a morir, sin que nadie le ahorre
el vivacísimo destierro
de conocerse, oh genio puro y deformé.
Estamos aquí junto al árbol desnudo,
bajo un violento sol, escuchando el desorden
fatal de los poemas; recordando
lo que nos dice todo el mundo a voces;
“Ah, mira tú, mi hermano; tú como yo, y el viento
sólo feliz por no ser nada. A coces
andamos con el aguijón
divino. Ciegos, tercamente hombres.”
Apresurando estamos a la muerte
con blasfemias y cánticos. ¿Cuándo llegará y dónde
nos tocará para que así nos pueda
abatir esta llama disconforme?
Como este ruiseñor que consuma la tarde
aniquilado hasta en el propio roce
de su pluma, nosotros, ay, crecemos
altos, para morir junto a la noche.

que ávila te guarde

Que Avila te guarde, amada, y sepa
iluminar tu sueño. Está la nieve
dormida en la montaña, y el pastor
con la oveja en lo puro de su suerte.

No os mováis ni de julio a los manzanos,
hombres de amor. No hagáis así que tiemble
mi alma por la suya como aparte
de todo. Atiéndeme, tú, Dios, atiéndeme.

Es ardiente su olvido entre las cosas.
¡Qué demudarse de palmera verde
hacia el oro vivaz de su cariño!
Se quedó tan consigo que ya esplende

su corazón como una mata roja
de Castilla. Amor mío, atiende, atiéndeme.
No quiero ya sino que me devuelvas,
sueño a sueño, la vida que me debes.

dió la luz en el trigo

Dió la luz en el trigo. Te aguardaba,
rubia cosecha, para mi verano.
Y al fin, la perfección más atrevida:
hostia donde quemar todo mi espanto.
No me digas, amor, que fue la tierra
quien hizo tu milagro.
Del corazón hasta tu nombre, cuánta
música descendida y sin espacio.
Miraba los trigales, madurándose
cada segundo. El viento desnudando

su clarísimo espíritu. Miraba
crecer esa marea celeste de los campos.
¿Dónde irá? me decía. ¿Hay un cuerpo
remoto y luminoso que a su grado
saborea la luz? O ¿quién espera
morir, con Dios en lo más alto?
Tú, nube fervorosa, a ras de cielo,
a ras de suelo, rápida, quemando
las arboledas, vienes, huyes, pones
tu rumor en la llaga y el pecado.
Y no tiene remedio aquel oscuro
ídolo que nació con pies de barro.
Viste venciendo. Tu marea rubia,
quieta un instante, con amor, atrajo
mi ser, que sólo sabe de que existe
porque está bajo el signo de tus labios.

con la humildad serena

Con la humildad serena de la rosa en el agua
te vas iluminando, mi secreta
razón de cielo. Para mi cristal
naces; para inefables hambres ciertas.

Yo recuerdo mi niñez blanca,
de la mano con Dios, por las aldeas.
Todo se me quedaba maravillado y manso:
purísimo el amor; la luna, quieta.

Apacenté mis ojos como dos bueyes graves
en un prado amarillo de tristeza;
bajo la soledad, vivo el amor
llamando lejos con un agua nueva.

¡Oh qué puro cristal era este mundo!
A través de su cálida materia
se veía crecer la rosa. Y Dios
era párvulo en todas mis escuelas.

Pero Dios no crecía. Solamente
la noche y el yerbajo y el traje de la pena
me crecieron con una terca pasión ridícula.
Luego, mi pie de genio se quedó sin estrella.

Hoy me veo mayor para la muerte.
No importa que retorne a las aldeas
iluminadas por los años. Ahora
es la vida más fruto mortal si se recuerda.

tengo mi habitación

Tengo mi habitación dorada de alegría
por tí, divino huésped, forma divina, sola·
llama eterna que así te anuncias como el ave
matinal en la rama prodigiosa.

Mi voz es imposible de llamarte. ¿Vendrás
florecido de marzos, barruntando palomas?
¿y en el mundo caliente de mi pecho
serás el cielo que se nombra?

Hoy todo es nuevo. Miro a mi ventana
y el mundo se aparece ligero, como corza
que se olvidó del cazador. Oh ingenua
gracia; viento que ni se nombra.

Esclarecidamente, con audacia efusiva,
naces, amor, continuo en esta hora
del gozo. Pero no puedes volar. Tus plumas
las he quemado con mis manos rojas.

No puedes volar, y no obstante
mi alegría se funda tan sólo en eso. Boda
con mi barro te hiciste: amor quietísimo
pegado cuerpo a cuerpo y boca a boca.

se ha parado el tiempo

Se ha parado el tiempo en tus ojos
aturdido de amor y cánticos.
Oh cielo absoluto, aire donde
la paloma está sin engaño.
No sé cómo ha sido. Empezaba
la tarde, viva, retirando
su rumor hacia las estrellas...
Y el silencio se hizo sonado.
Yo escuchaba mi sangre a solas,
pura hija de los milagros,

hasta que ya ni me quedó
evidencia para contarlo.
Pero no me bastaba. Ardía
la muerte con su fuego ingravido.
Pero no me bastaba. Sólo
tus ojos, desnudez hablando,
aturdieron mi soledad
llenándola de verdes pájaros.
Y empecé a escuchar el misterio
como un cielo sobre los campos
estremecidos. ¿Quién hablaba
junto a la rosa, bajo el árbol?
Quizás la muerte que tú envías
lo pone todo deslumbrado.
Cenizas de pavor y amor
soy cuando tú miras mis labios.

tras de lo azul

Tras de lo azul se duerme tu inocencia
lejana del ruido y sus confines.

La paloma en el aire. Mi palabra
como una abeja de oro que te asiste.

No quiero, amor, que te despiertes. Suéñame,
mar adentro, alma fiel, hasta que olvides
mi mano impura, el fuego de mis ojos:
la materia que peca en lo visible.

Suéñame respirándome. Tu mundo
para mí solo. Sueña; sueña y víveme
junto al hueso de amor, y en tu ribera
musical, donde mi tiempo consigues.

Deja este labio. Deja el mar. Dejemos
el mundo peligroso que no sirve
para una explicación tan inocente
como la de por qué "son" los jazmines.

Suéñame. Dórame los años. Canta.
Pero déjame ser un poco triste,
no sea que despiertes y me tenga
que volver a mi aldea sin morirme.

me pongo el traje del amor

Me pongo el traje del amor, y salgo
a la plaza del mundo, como un sueño
que se llamara al fin nadamoisés.

Miro a los taxis. Hablo de los negros
que nadie ve; y no encuentro la razón
suficiente de por qué se han gastado de tiempo
los trajes que de noche y firme aguja
hiciérame mi madre.

Tiene un ámbito estrecho

mi charla hoy, como un corro de vecinas
que viven a su lengua pegadas.

Leo y leo

signos de destrucción: en las mujeres
que pasan biselando de música mi fiero
costado; en un anuncio luminoso;
o en los juguetes de aquel niño... Y pienso
si con un simple canto no pudiera
redimir a este mundo de sus brillantes Hechos
con sólo decir "amor", apurándome
de soledades. Porque al fin sabedlo:
que la rosa no vive sólo por ser hermosa.
La rosa es una pequeña lengua; un ciego
sin lazarlillo, que se va muriendo
al no insistirle nadie
desde su luz o cariñoso aliento.

Por eso, en esta tarde, salgo por la Ciudad,
a labio herido y verso descubierto.

Hablo una vez del álamo. Otra vez
cantan los ruiseñores en mi pecho,
por si dan en oírme. Olor y olor
levanto. Hermosa tarde hace en mi huerto.

Ay, pero no es posible. Siguen, siguen rodando
el amor y la pluma y el infierno,
y los taxis feroces que mugen
de civilización y Reglamentos.

Es una fuerza cómica. Se habla por señales
y por guardias plantados en su sitio, proféticos:
“Orden. Todo con orden. Ahora toca
morir a unos. Nadie se haga el memo
disimulando. Nadie necesita
morir por nadie. Esto es un gran reino
democrático, y todos necesitan
expresarse.”

(Expresémonos
—ya que así lo conceden— nosotros
también, hermanos míos, pobres ciervos

desaforadamente deslumbrados.
Hablemos del amor relativo y pequeño.)

Digamos que aquí todo es un morir brillante,
dudosamente cierto. Moriremos
nosotros aunque vamos oliendo a bosque aún.
Porque ¿dónde meternos?,
¿cómo arrasar los ojos, los oídos,
la palabra de amor? Y estos felices sueños
de queridas estampas, ¿dónde poder echarles?
Muramos y vendrán a nuestro entierro
millones de zapatos de la Ciudad (o nadie)
arrastrándose férvidos;
hablando de negocios, o acaso de la joven
querida. O alabando que nos hayamos muerto.

Pero a vosotros, muertos que vengáis a pie
(y en la mano el sombrero)
quiero pediros algo tristemente

ridículo quizás. Algo que sigue siendo
metafísica pura y aplicada
al caso mío: topo honradamente ciego.
Y os pido, en fin, que no enterréis mis manos
por si lograsen, vivas, tropezar con el cielo.

Serranillos (Avila), 1953 - 1955.

4



Institución Gran Duque de Alba

La
presente
edición de
LAS BRAVIAS ABEJAS
consta de 500 ejemplares y
se terminó de imprimir el día
24 de abril de 1969,
en los talleres de
«El Diario de
Ávila»





Institución Gran Duque de Alba

Colección de poesía: El Toro de Granito

Dirige: Jacinto Herrero Esteban

VOLUMENES PUBLICADOS

- N.º 1.—«Alrededor del Pan», José Luis López Narrillos.
» 2.—«El Monte de la Loba», Jacinto Herrero Esteban.
» 3.—«País de la lluvia», Juan Mollá.
» 4.—«Salmos», Ernesto Cardenal.
» 5.—«Río Cauca», Jesús Martín Barbero.
» 6.—«Arte de Amar», Premio Ciudad de Barcelona 1966, Luis López Anglada.
» 7.—«Hombre, Laberinto, Caracola», Carlos del Saz - Orozco.
» 8.—«Diálogo con España», José Ledesma Criado.
» 9.—«Las Bravias Abejas», Gaspar Moisés Gómez.

PROXIMAMENTE

Originales de
Luis Jiménez Martos.
Juan de Leceta

Volumen suelto..... 40 pts.
Suscripción a cuatro números. 120 »

CORRESPONDENCIA:
Bajada de D. Alonso, 30. Ávila



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



DIPUTACION PROVINCIAL

Institución «Gran Duque de Alba»

C. S. I. C.

AVILA

De pronto, con el aire, GASPAR MOISES GOMEZ se deja ver por Avila y nos entrega un libro de poemas del que luego se olvida. Después vuelve. Quiere publicarlo. Ha publicado ya otro, su primer libro, CON IRA Y CON AMOR, Salamanca, 1968, que obtuvo el Premio Internacional de Poesía «Alanís» de ese mismo año:

«Con el aire Moisés que viene y va de Avila a León, de León a Avila», trabaja y ejerce la abogacía. Su mujer, sus cuatro hijos, quedan en León. Aparece por su tierra (nació en Serranillos, Avila, 1927) siempre de paso. En Avila estudió, y en Salamanca. Cofundador de «El Cobaya», primera revista poética abulense, colaborará luego en «Íntus» (Salamanca) y seguirá escribiendo libros, que no publica, que da a conocer en recitales y lecturas.

LAS BRAVIAS ABEJAS es el que ahora nos ofrece. La realidad amorosa se funde con su vida propia, con su profunda, con su ansia de pervivir, su necesidad de expresarse, la opacidad de las palabras que el ser humano. No me gusta la frase —me dice—; ni siquiera la di-

Inst. Gran

821